

Evas en tiempos de Chaplin: cambios y continuidades en un paradigma femenino. 1913-1951*

**Evas in Chaplin times: changes and continuities
in a female paradigm. 1913-1951**

Francely Arciniegas Castellanos

Diego Francisco Calderón

Yoer Javier Castaño Pareja

Angel Rinaldy Martínez

Edwin Manosalvo Mendoza

Raúl David Rangel

Yany Lizeth León

Carmen Alicia Mestizo

*Felipe García Pérez***

Fecha de recibido: 02/06/10

Fecha aceptado: 28/09/10

Resumen

El presente artículo busca presentar el análisis realizado por un equipo de investigadores, estudiantes de maestría, interesados en com-

* Artículo de investigación que emana del trabajo ó realizado como proyecto colectivo y ejercicio pedagógico, en el seminario de investigación I de la Maestría de Historia de la Universidad Industrial de Santander - UIS en el primer semestre del 2005, dirigido por la Dra. Ivonne Suárez.

** Este trabajo se realizó como proyecto colectivo y ejercicio pedagógico, en el Seminario de Investigación I de la Maestría de Historia de la Universidad Industrial de Santander en el primer semestre del 2005, dirigido por la Dra. Ivonne Suárez. La formación académica del grupo es interdisciplinar. Francely Arciniegas Castellanos trabajadora social; Diego Francisco Calderón, economista y filósofo; Yoer Javier Castaño Pareja, historiador; Angel Rinaldy Martínez, historiador; Edwin Manosalvo Mendoza, historiador; Raúl David Rangel, economista; Yany Lizeth León, economista; Carmen Alicia Mestizo, abogada; Felipe García Pérez, historiador. Actualmente algunos de los autores participan del Grupo de Investigación Historia, Archivística y Redes de investigación. Quien dirige, la doctora Ivonne Suárez Pinzón. Correo de contacto: cabamiuni@yahoo.com.

prender cuál era el modelo de género propuesto para la construcción del Estado-nación en la Colombia de la primera mitad del siglo XX. Para ello, se escogieron tres revistas, entendiendo que éstas buscaban cumplir una función social formadora, como sus mismos redactores lo reconocían en los primeros números editados. Desde esta función, las revistas proponen los modelos que definen el ser de la mujer y hombre para esta época, consolidando patrones de conducta sociales que hoy aun persisten en los imaginarios sociales de Santander y Colombia.

Palabras clave

Genero Feminidad Masculinidad siglo xx

Abstract

This article intends to present the analysis made by a Master's student research team, whose intention was to understand which gender model was proposed for the construction of the nation-state in the first half of the XX century in Colombia. Three magazines were selected for this purpose, which tried to fulfill a social formation function, as their writers expressed in their earlier editions.

The results were beyond all the expectations. That means, from the simple recognition of the generalization and institutionalization search of the male chauvinism structures of power. The article shows how, besides the magazines' gender vision, they were a conservative proposal similar to the Franco's regimen gender model.

Keywords

Gender, feminity, masculinity, century XX

Presentación: las revistas objeto de nuestra mirada

En las revistas tituladas *Labores*, *Tierra Nativa* y *Lumbre*, destinadas especialmente para el público femenino y la familia, y editadas en diferentes décadas de la primera mitad del siglo XX, se pueden captar los diversos estereotipos y modelos que se construyeron alrededor de la cuestión de género, muy influenciado por la mentalidad católica ultramontana imperante. De este modo, en la revista bu-manguesa *Labores*, la más antigua de todas ellas, se recalca el papel de la mujer como guardiana y ángel del hogar, quien debía estar ligada inexorablemente desde su niñez hasta su muerte al ámbito doméstico, primero bajo la guardia de sus padres y luego bajo la custodia de su cónyuge; una concepción que también era compartida por su coterránea, la revista *Tierra Nativa*. A su manera, en la revista *Lumbres*, una publicación cartagenera de los convulsivos años cuarenta, se alude a la mujer como obrera y trabajadora, pero sin desligarla de su papel determinante de madre, esposa y ama de casa ejemplar.

Por lo tanto, con base en estas tres publicaciones seriadas nos fue posible comprender, aunque someramente, la concepción ideal de la mujer, y poco menos del hombre, que se construyó durante la primera mitad de la centuria mencionada, en ese fragmento de la sociedad colombiana caracterizada por la hegemonía conservadora en el ámbito político desde 1886 hasta 1930, el predominio de la Iglesia católica en las esferas pública y privada, el proceso de industrialización que recibió un amplio impulso en la década de los veinte con la inyección de capital proveniente de la indemnización de Panamá y, a partir del primer gobierno del presidente liberal Alfonso López Pumarejo entre 1934 y 1938, la serie de reformas modernizantes en los espacios de la educación, la agricultura, y el ingreso de la mujer a la instrucción superior.

La revista *Labores* fue publicada en Bucaramanga durante las dos primeras décadas del siglo XX. Su impresión se efectuó en los talleres de la imprenta *La Cabaña*, propiedad de la familia Uribe Ordóñez. Los primeros cien números de la revista aparecieron en entregas quincenales con una extensión promedio de cuatro páginas. Con el tiempo, la publicación pasó a ser semanal con una extensión de doce páginas. No obstante no se pudo establecer en qué edición comenzó a circular semanalmente

En el número 1, fechado el 15 de febrero de 1913, se manifiesta que la revista está dirigida a “todos los miembros de los hogares santandereanos”. Sin embargo, el escaso grado de alfabetización de la época nos lleva a pensar que sólo se difundía entre los sectores medios y altos. Además la revista indica el objetivo central de sus artículos, cual es conservar los valores tradicionales en una sociedad de costumbres conservadoras:

Como anhelamos que esta publicación pueda ir a todos los hogares, pondremos especial cuidado en la escogencia de los materiales, para llevar a esos santuarios, no el fango del camino, sino las flores blancas de la cordialidad y la decencia. (*Labores*, N.º 1: 1)

El número 147 relanza la edición el 15 de octubre de 1922. Suponemos que esto ocurre luego de un receso de impresión, ya que los números 101 a 146 no se encuentran en el archivo consultado. Los artículos que aparecen normalmente en la revista giran en torno a la preservación de valores morales en la sociedad de la época. En sus columnas, esta revista publicaba artículos de consejos útiles dirigidos a las madres y amas de casa, en provecho de un mejor desempeño en la crianza de los niños y en los oficios domésticos. Ella incluye secciones de chistes, cuentos, poesía, noticias locales e internacionales, artículos en contra del alcoholismo y consejos para la educación de los hijos.

La revista *Tierra Nativa* se editó por primera vez en Bucaramanga el 26 de diciembre de 1926. Su director fue J. M. Salazar Álvarez, santandereano, militante del partido conservador de quien, con motivo de la muerte de su madre, se dijo que era descendiente de don Antonio Nariño. Los editores propietarios fueron Uribe & Hermano, dueños también de la casa editorial *La Cabaña* en cuyos talleres se imprimía la revista. Esta aparecía todos los sábados, para un total de 48 números al año con 2 ediciones extraordinarias de julio y diciembre. Las ediciones ordinarias tenían 16 páginas dedicadas propiamente a los artículos -algunos de los cuales eran acompañados por fotografías alusivas al texto o a su autor- y a las fotografías de los lectores o imágenes de los futuros lectores de la revista, es decir niños. Así mismo, estas ediciones tenían 8 páginas dedicadas a la publicidad propiamente dicha y algunas notas humorísticas, distribuidas la mitad al comienzo de la revista y la otra mitad al final.

Las ediciones extraordinarias, según la promoción que se hacía a sí misma la revista, tenían un total de 100 páginas cada una, pero el dato es inexacto ya que en realidad las ediciones constaban de 40 páginas de artículos y 16 de publicidad. El costo anual para los lectores era de \$4 al año con derecho a las dos ediciones extraordinarias.

Esta investigación se realizó con base en 149 números de la revista coleccionados en los 6 volúmenes disponibles en el Centro de Documentación Histórica de Investigación Regional de la Universidad Industrial de Santander, que abarca los años de 1927 a 1931. En otras palabras la investigación abarca un porcentaje del 62% del total de ediciones que se imprimieron en esos años.

Ahora bien, *Tierra Nativa* no es en ningún momento una revista específicamente masculina o femenina, se trata por el contrario de un texto dirigido a todo público adulto -con capacidad para comprarla - sin diferencia de sexo. En ella se pueden encontrar artículos de hombres y mujeres, nacionales y extranjeros que escriben para ambos sexos, algo

de política, sin ser partidista, un poco de humor, pero sobre todo mucho de cultura. Su visión es marcadamente nacionalista, en sus artículos se exalta a los “Padres de la Patria”, la geografía del país y el amor a lo propio, incitando a no “extranjerizarse” y a apoyar la industria nacional.

Pero esta visión nacionalista también se mezcla con un regionalismo que exalta la *cultura* santandereana y la conciencia católica, dándosele un amplio espacio a las organizaciones como *El Cristianismo en Acción* o la *Legión de María*, entre otras. Al mismo tiempo se muestra en la revista un intento de cosmopolitismo ya que en sus columnas algunos viajeros nacionales describían sus experiencias en otros lugares del mundo o se mostraban monografías de algunas ciudades ya sea de América o Europa. Igualmente, este intento de darle una visión cosmopolita y de paso, ampliar el público más allá de las fronteras de Santander o de Colombia, se expresa en la gran cantidad de colaboradores extranjeros que enviaban sus artículos, ya fueran poemas, novelas, cuentos o análisis políticos sobre la situación internacional. Así por ejemplo, en los números 131, 143, y 145 aparecen numerados hasta 123 corresponsales y colaboradores extranjeros, lo cual sugiere que anualmente escribían para la revista un promedio de 40 corresponsales de diferentes partes del mundo. Como no se dispone de la colección completa sólo se logró recoger información sobre 43 de ellos, es decir el 37.4%. De estas 43 personas, 34 son mujeres (74%) y 12 son hombres (26%). Estos 12 hombres aparecen en el listado, son todos de nacionalidad venezolana y no se tiene información sobre su actividad en dicho país. La información sobre el perfil que se tiene de las mujeres se detalla en las tablas 1, 2 y 3. Como se observa en la tabla 1, la mayoría de las corresponsales extranjeras son de nacionalidad argentina, seguida por las centroamericanas (Panamá, Puerto Rico, México, Guatemala, Honduras y Nicaragua), la estadounidense y las europeas (Portugal, España y Francia). En la tabla 2 se muestra que la mayoría de las corresponsales de quienes se tiene información son casadas.

Tabla 1. Corresponsales extranjeras de la revista *Tierra Nativa*
Nacionalidad

País	N.º	%
Argentina	8	23.5
Uruguay	3	8.8
Venezuela	1	2.9
Centroamérica	6	17.6
USA	4	11.8
Europa	4	11.8
Brasil	2	5.9
Perú	3	8.8
Bolivia	1	2.9
Chile	1	2.9
Ecuador	1	2.9
Total	34	100

(*Tierra Nativa*, 1929, N.º 131, 143 y 145)

Tabla 2. Corresponsales extranjeras de la revista *Tierra Nativa*.
Estado civil

Estado civil	N.º	%
Casadas	12	35.3
Solteras	7	20.6
Sin información	15	44.1
Total	34	100

(*Tierra Nativa*, 1929, Núms. 131, 143 y 145)

El análisis muestra que estas corresponsales son en gran parte miembros de organizaciones femeninas, o trabajan en medios de comunicación escrita, ya sea en sus países, como redactoras de revistas dedicadas a la mujer, o en otro tipo de revistas o periódicos. Aunque en la lista referenciada por la revista no está especificado, también se encuentran entre las corresponsales algunas poetisas como por ejemplo Juana de Ibarbourou.

Tabla 3. Corresponsales extranjeras de la revista *Tierra Nativa*.
Sectores de actividad

Sector	N.º	%
Organizaciones femeninas	7	20.6
Revistas femeninas	3	8.8
Otras revistas	3	8.8
Enseñanza universitaria	3	8.8
Burocracia	1	2.9
Prensa escrita	2	5.9
Sin información	15	44.1
Total	34	100.0

(*Tierra Nativa*, 1929, Núms. 131, 143 y 145)

Finalmente, precisemos algunas características de la tercera revista. La revista *Lumbre* se editó durante 3 años que transcurren entre finales del período presidencial de Ospina Pérez y el gobierno de Laureano Gómez. Fue conservadora por filiación política y por la ideología que impulsaba proponiendo un modelo femenino que aceptaba las nuevas realidades económicas del país, pero que conservaba el tradicionalismo en la asignación de roles. Estaba dirigida por la cartagenera María Guerrero Palacio y gerenciada administrativamente por Olga R. de Angulo. El consejo de redacción estaba compuesto por Emma Villa de Escallón y Maruja de León de Luna Ospina.

Lumbre fue presentada por sus editoras como una revista femenina. Sus contenidos hacían referencia a la situación de la mujer:

Esta revista es tuya. Concebida por ti. Realizada por ti. [...] Y si tus [sic] páginas no responden a nuestra exigencia, no te desalientes, tendrás nuestro consejo y nuestro estímulo. Irá a buscarte a la ciudad populosa y a la vereda humilde. Donde quiera que tu inteligencia irradie la luz de una verdad, y que tus manos milagrosas de mujer y artista, vayan disipando tinieblas y sembrando esperanzas [...] Ira a buscarte, no para intelectualizarte, como sarcásticamente te dirá tu compañero, sino para decirle a él, y a todas, que en la mujer la fuente de inteligencia

tiene cauce común en la fuente de su ternura. (*Lumbre. Revista cultural femenina y de divulgación turística*. Cartagena, N.º 1, marzo 1949: 3).

Lumbre nació en Cartagena en el mes de marzo de 1949. En el registro de la revista hallamos un número de 28 ediciones hasta el año de 1951. Los artículos fueron escritos exclusivamente por mujeres, su temática principal se centró en el deber ser social de la mujer y en el debate sobre las diferentes corrientes de pensamiento feminista. La revista fue una de las pioneras en el campo de la divulgación de las ideas concernientes a la libertad al derecho al trabajo, haciendo hincapié en el reconocimiento a todas las mujeres colombianas que lucharon o sobresalieron en profesiones liberales y nuevos empleos antes reservados al sexo masculino; comentando, además, los logros femeninos a nivel nacional e internacional sobre literatura en prosa y verso.

Colombia en la primera mitad del siglo XX

De 1900 a 1951 Colombia se halla inmersa en una etapa de transición, esa es la lectura básica que sirve de contexto al trabajo de investigación de las revistas *Lumbre*, *Labores* y *Tierra Nativa*. Son muchas las miradas posibles a un periodo tan extenso de la historia del país, pero sin duda una de las principales es la que señala que la sociedad colombiana en la primera mitad del siglo XX se aleja de lo rural para asentarse en lo urbano. Desde las revistas somos testigos de todo ese proceso de modernización, desde las odas a la tecnificación, hasta el miedo a la pérdida de la integridad moral. En este contexto resulta muy sugerente el análisis de los roles de género que se definen en las tres revistas pues están en relación directa con el tipo de Estado-nación que las elites están construyendo. No hay que olvidar que son revistas diseñadas por la elite para la elite, por unas limitaciones que hoy pueden parecernos absurdas pero que en aquellos años determinaban la inclusión a un determinado estrato social:

saber leer, que en la época prácticamente definía la pertenencia a una elite alfabetizada o a unas clases bajas analfabetas, y el precio, ya que el consumo de ocio está restringido a las clases altas. Las tres revistas son un reflejo escrito de la mentalidad de la elite colombiana en una coyuntura tan decisiva y compleja como la primera mitad del siglo XX.

Durante esos cincuenta años Colombia fue cada vez menos un país rural, y cada vez más un país urbano. Aunque la primacía del ámbito urbano sobre el rural se produjo en la segunda mitad del XX, por eso denominamos a este período como una etapa de transición, se observa cómo en estas décadas las estructuras del orden social tradicional van cediendo terreno ante una nueva conformación socioeconómica. Bajo la dinámica de enfrentamiento partidista que domina el espectro político de todo el período, late una contradicción que los políticos supieron señalar, pero no solucionar; esa contradicción se resume en lograr “una modernización sin modernidad”, o como expone Marco Palacios:

Colombia enfrentaba el dilema de “ser o no ser industrial”. La nueva sociedad debería forjarse sobre una alianza de ciencias naturales, iniciativa privada y caridad. Es decir, que el nuevo orden estaría en la intersección de dos coordenadas: la estrella polar [así definió Suárez a Estados Unidos] y las doctrinas sociales pontificias del *Rerum Novarum*. En suma, había que adueñarse de la tecnología y los instrumentos del capitalismo, sin afectar el alma católica y campesina de una Colombia que los conservadores y la Iglesia temían perder. Esta receta de catolicismo social y progreso yanqui, daría su sello al conservatismo modernista por el resto del siglo. (1995: 101).

Esa tensión estuvo presente durante todo el período. La guerra de los mil días (1899-1902) y la pérdida de Panamá (1903) fueron los acontecimientos nacionales que iniciaron el siglo XX en Colombia. Significaron un cambio de orientación en la política nacional, la hegemonía conservadora se arrojó el poder durante treinta años

más de manera indiscutible y el liberalismo aprendió que el acceso al poder por la vía armada era inviable, desde entonces optó por la vía electoral. Las reglas del juego político cambiaron porque el país estaba cambiando. Mientras que el conservatismo intentaba la modernización del país en alianza con la Iglesia, encargada de salvaguardar los valores tradicionales de los peligros del desarrollo industrial y la consiguiente secularización, el liberalismo modificaba su discurso político para aproximarse a las masas trabajadoras:

En 1922 Benjamín Herrera definió a las clases populares como “la base misma del liberalismo, la sangre de su sangre y en nuestra patria se hallan ellas en un estado de inferioridad manifiesta y apenas de nombre se conocen reformas e instituciones que en pueblos más afortunados son ya realidades que dan al obrero garantías efectivas. (Palacios, 1995: 122).

La consolidación de la economía capitalista supuso un avance en el proyecto modernizador del país y la aparición de nuevos actores sociales en la escena política del país que escapaban al ordenamiento hacendatario. La bonanza cafetera, junto con el auge de la producción petrolera, del banano y la ganadería, ofreció los recursos necesarios para iniciar un significativo avance en el desarrollo de las infraestructuras del país, sobre todo en obras públicas y ferrocarriles, a la vez que se aceleró el proceso de urbanización, no tanto en lo que se refiere a la creación de nuevos municipios, como en el aumento de la población y la densificación de los ya existentes. El proletariado, con gran influencia de la herencia del movimiento artesanal, así como las primeras asociaciones campesinas, creció a la par de este desarrollo. Durante la década de los veinte, bajo la influencia de la Revolución Soviética, la masa proletaria, urbana y campesina vivió sus años de mayor efervescencia y agitación social, que tuvo su cenit en la Masacre de las Bananeras. Tomaron la palabra y la acción exigiendo mejoras laborales, reformas políticas y sociales. La movilización social se tradujo en un inminente peligro para las clases altas y para el clero.

El papel que jugó el clero durante todo el período fue decisivo para el discurrir la vida política y, sobre todo, grabar en la mentalidad colectiva del país un modelo tradicional y reaccionario. Durante el conservatismo la Iglesia se consolidó como la institución vigilante del orden social y la creación de una ética católica que alcanzaba a todos los sectores de la población mediante el adoctrinamiento en las iglesias y escuelas. Pero desde finales del siglo XIX, el ideario socialista desarrollado por Marx y Engels le restaba influencia entre las masas trabajadoras, “Roma buscó respuestas que posibilitaran la recristianización de la sociedad y permitieran enfrentar el avance del socialismo y la consolidación del liberalismo [...] la encíclica *Rerum Novarum* (1891, de León XIII) condensan la orientación que debía informar la acción de la Iglesia universal frente a los proyectos impulsados por los liberales y los socialistas” (Cifuentes Traslaviña y Florián Navas, en Bidegain, 2004: 321). También desde las filas católicas, a partir de las últimas décadas del XIX y de la mano de autores como Jaime Balmes y Von Ketteler, se desarrolló la doctrina de la *Acción Social Católica* como herramienta para atraer a las masas populares a la Iglesia. Al reclamo del sentido cristiano de caridad, se pretendía que los sectores pudientes asistieran a los más desfavorecidos para disminuir así las carencias materiales y eliminar las tensiones de clase. Según Ana María Bidegain:

La Acción Católica fue “un instrumento novedoso” organizado por la institución eclesiástica para reconquistar su poder perdido tanto en el nivel político como en el sociocultural, ante el avance del capitalismo, la Revolución Industrial y las ideas liberales. Intentó ser una forma de organización “moderna” como un partido político, pero bajo la dirección estricta de la jerarquía eclesiástica, buscando recatolizar la sociedad (2004: 325).

La nueva cruzada eclesial se enfrentó en las ciudades, los nuevos espacios de participación política que acompañaban a la industria, al relajamiento de las costumbres con una intensa campaña moralizadora:

Por no sé que tremenda anomalía, la civilización y la moralidad, las cuales debían caminar de la mano, se encuentran en abierto antagonismo [...] Las tendencias modernas están destruyendo en nuestros jóvenes [...] hasta los más insignificantes principios de decoro y de respeto propio [...] Y las jóvenes, ¡ay! las jóvenes son las que más han sido afectadas por esa enfermedad corrosiva que destruye terriblemente el organismo moral. La joven ha perdido ya todo su concepto de delicadeza y pudor. No es ya aquella virgen recatada, casta y pudorosa por quién los jóvenes sentían tal veneración que se inclinaban reverentes a sus plantas. No, las doncellas modernas, por su propia voluntad, se han convertido en juguetes del hombre. (*Labores*, “Tendencias perniciosas actuales”, N.º 367, 27 marzo 1926: 9).

Pero con la llegada al poder de los liberales y el inicio de la llamada Hegemonía Liberal, la institución eclesiástica pasó de defender la moral tradicional de la sociedad colombiana, a atacar el ideario liberal que amenazaba sus intereses. Las reformas liberales de López Pumarejo que lesionaban gravemente su base de poder tradicional al separar las relaciones entre Iglesia y Estado, y quitarle el control sobre la educación, produjeron la reactivación de la retórica escolástica que mostraba a los liberales como ateos, herejes y pecadores. Una vez más Colombia se encaminó por la espiral del enfrentamiento partidista con las admoniciones de la Iglesia, atizando así *La Violencia*. Esta nueva guerra civil que dejó un saldo de 200000 muertos y una huella atroz en el imaginario colombiano, respondió a los cánones de los enfrentamientos partidistas del siglo XIX. En última instancia, lo que estaba en juego era una manera de entender cuál era el *ser* de Colombia. Mientras que los liberales propugnaban un modelo de Estado-nación laico, los conservadores unidos al clero, sostenían un Estado-nación basado en el nacionalcatolicismo. El nacionalcatolicismo se trata de una doctrina ideológica en la que el individuo es definido como ciudadano a través de la religión, o de otro modo, la religión es el atributo de la nacionalidad: es decir, se es colombiano en la medida que se es católico. Si se desafía a la Iglesia

se esta desafiando a la Patria, si se ataca a la Patria se está atacando a la Iglesia. Este entramado ideológico cultural permitió mantener a la masa de la población sometida a los dictados de la elite de poder tradicional, puesto que cualquier tipo de reivindicación se traducía como un desafuero a los valores sagrados que constituyen la nación, y no como un reclamo de reformas justificadas. El cenit del enfrentamiento entre los conservadores y la Iglesia contra los liberales se produjo durante el mandato de Laureano Gómez:

Bajo su presidencia se restableció la educación católica, acabó con la educación mixta, suprimió la Escuela Normal Superior [propuesta liberal] y le dio el control de la educación pública a la institución eclesiástica. Su principal propuesta político-religiosa fue crear un Estado Corporativo¹ [], y para ello se valió de la ayuda del jesuita Félix Restrepo, ya que ambos compartían, desde los años treinta, su admiración por esa forma de gobierno. Este pensamiento tuvo como propósito impedir el fortalecimiento en el país de ideas liberales, comunistas, o de expresiones sociales como el sindicalismo no confesional, el movimiento gaitanista o el campesino. Ideas que respondían, además, al momento político en el cual los sectores más tradicionales de la sociedad colombiana buscaban cerrar espacios a la concepción laica del Estado y de la sociedad. (Cifuentes Traslaviña y Florián Navas, *en*: Bidegain, 2004: 386-387).

En este punto es interesante resaltar que el deseo de Laureano Gómez de construir un Estado corporativo que respondiera al intento de cerrar el conflicto social abierto por la modernización del país, el impulso urbanizador e industrial y la aparición de nuevos actores sociales en la escena política reclamando representatividad política y derechos sociales. Pero también a una constante de la historia del país, la búsqueda de modelos foráneos que iluminaran y sirvieran de referente en el proceso de construcción nacional. Si en el siglo XIX las naciones europeas habían sido el paradigma a alcanzar como

1 planteamiento expresado en la frustrada reforma constitucional de 1952

muestra Frédéric Martínez en *El nacionalismo cosmopolita*, en el XX, además de la “civilización europea” fueron los Estados Unidos el modelo a seguir. En este aspecto es destacado el protagonismo que tras la Primera Guerra Mundial adquirieron las misiones técnicas extranjeras que en nombre de la “razón”, el “interés público” y la racionalidad técnica, fueron contratadas dentro de los proyectos de modernizadores del Estado, la infraestructura física y las instituciones financieras. Pero a la vez, para los sectores más reaccionarios era claro que la modernización del país estaba socavando las bases católicas y tradicionales de la sociedad y buscaron modelos políticos que hubieran solucionado esa contradicción entre tecnificación y moral conservadora. Uno de los paradigmas fue la España franquista que, con el “glorioso alzamiento” y su “cruzada” había logrado extirpar del ser inmemorial católico español a la “antiespaña”, a la “calaña roja”, apelativos en los que cabían desde profesionales liberales a sindicalistas, pasando por maestros, campesinos y trabajadores pertenecientes a los movimientos políticos de izquierda. El clero y los conservadores no escatimaron elogios para el régimen dictatorial de corte fascista impuesto por Franco en España por la vía armada, el terror y la represión, aniquilando cualquier foco de modernidad que amenazara los privilegios de las élites tradicionales y que desvirtuara a la España inmemorial basada en la fe y la espada.

Todas estas influencias, debates y tensiones están presentes en las páginas de las tres revistas analizadas. A través de sus páginas podemos rastrear las que para nosotros son las cuatro líneas problemáticas de todo el período y que sirven como telón de fondo a nuestra investigación: Colombia estaba inmersa en un proceso de transición entre el ámbito rural y el urbano, las masas adquirieron un carácter protagónico en la escena política del país, la modernización supuso un desafío al proyecto de construcción nacional basado en el nacional catolicismo, los modelos foráneos influyeron en los discursos y prácticas de la elite tradicional para hallar una salida a la contradic-

ción de “modernización sin modernidad” sin que esto supusiera una merma de sus intereses e influencia. En *Lumbre, Labores y Tierra Nativa* se plantearon soluciones a las tensiones que atravesaba el país, y todas pasaban por la construcción de unos determinados roles de género que habían de servir a la Patria y la Sociedad. Podemos adelantar que su propuesta no era un nuevo tipo de hombre y mujer, sino una adaptación de los códigos morales jerarquizantes, católicos y reaccionarios que supieran asimilar las ventajas de la tecnificación y empaparan todo el desarrollo industrial y urbano que vivía el país para construir una nación moderna en la que siguiera vigente una mentalidad propia del Antiguo Régimen.

Los estereotipos de feminidad en las tres revistas

1. Un estereotipo ideal: hija dócil, esposa abnegada, madre ejemplar

La mujer que no sepa cuanto carbón consume la cocina, ha de prepararse para una vida de suplicio y de intranquilidad dentro del matrimonio. (*Labores*, N.º 459, 19 enero 1928: 1).

En Bucaramanga, entre las primeras tres décadas del siglo XX, se propugnaba con frenesí entre los medios impresos de comunicación que desde pequeñas, las damas debían ser educadas para que se sacrificaran, en primer lugar, por sus padres; y luego por su marido y sus hijos. Ellas debían ser instruidas desde corta edad para que no fueran amas de sí mismas, ello en beneficio de una gran vocación de servicio que se debía realizar con gran humildad. No eran concebidos como individuos autónomos. No eran las dueñas de su propio destino. La excelente hija, o esposa, o madre, olvidaba su individualidad, su bienestar ególatra, a favor de sus padres, sus hermanos, su esposo o sus hijos. Renunciaba a su propia felicidad en pos de sus hermanos, en la niñez; o a favor de su cónyuge y sus vástagos, en la adultez. Dicha entrega debía ser incondicional y total. Las mujeres debían ser criadas para convertirse en “valerosas mártires del

hogar” que no debían esperar por sus sacrificios ninguna recompensa, ningún triunfo, ningún éxito salvo la felicidad de la familia y la redención eterna prometida para los católicos (*Labores*, N.º 45, 8 de marzo de 1915: 2). Para llevar las cargas del hogar sólo les bastaba el “valor para sufrir como cristianas” y, por consiguiente, resultaba innecesario que llevaran a cabo una carrera de áridos y montañosos estudios (*Ibíd.*). Así que, tal como lo disponía el dogma cristiano, las mujeres casadas debían estar sujetas y sometidas a sus maridos en todo momento y circunstancia (*Efesios*, 5,24).

De modo que las damas debían formarse para que mantuvieran un bajo perfil, una actitud silenciosa y de recogimiento, de humillación constante, pues la gloria y las ovaciones sólo estaban reservadas para los varones. En consecuencia, al igual que las monjas, las damas debían renunciar de manera ascética al mundo, a sus placeres y distracciones para purificarse, no en el interior de un convento, sino en la intimidad del ámbito familiar.

La mujer grande es la mujer modesta y consagrada a sus deberes religiosos y sociales; la hija obediente y sumisa a sus padres; la joven que vive con entereza cristiana sin permitir que el halito abrasador del mundo marchite la flor de su virtud; la esposa que sólo vive para el ser con el que comparte dichas y pesares; la madre tierna y solícita en la crianza; la viuda que consagra su amor a Dios y al prójimo; la religiosa que consagra su vida a los semejantes y la monja que lo hace a Dios. (*Labores*, N.º 363, 27 de febrero de 1926: 3)

En palabras de la historiadora Catalina Reyes, esta “angelización” de la mujer le permitía ocupar el trono del hogar a cambio de practicar virtudes como la castidad, la abnegación, la sumisión, el espíritu de sacrificio, la negación de sus deseos y, aún, de su propio cuerpo. Actitudes consideradas tradicionalmente femeninas en algunos sectores, como la vanidad, la coquetería y el interés por la moda, fueron duramente criticados, pues no se conciliaban con el ideal as-

cético de mujer casta, cuya principal misión era no sólo su salvación, sino también la de su esposo y sus hijos. (1996: 63).

La mujer sólo obtenía dignidad siendo madre, ama de casa y esposa ejemplar que sobrevivía bajo la sombra de un varón que, a partir del vínculo indisoluble del matrimonio, se convertía en el “faro de su destino”, en el “guía, protector, escudo y amigo fiel y fuerte” (*Labores*, N.º 68, 25 de marzo de 1916). En palabras de Inocencia García, “el prestigio de la mujer debía cifrarse en valer para cosas insignificantes en apariencia pero que son el eje en que descansa el edificio de la dicha doméstica” (*Labores*, N.º 45, 8 de marzo de 1915: 2). Durante la niñez, las hijas debían recibir una educación que les permitiera desarrollar las siguientes cualidades, sin las cuales no podrían convertirse en excelentes madres, en custodias del hogar, y ejercer el “angélico ministerio” que la sociedad les tenía reservado:

Dadme hijas sumisas, y dóciles, afectuosas, piadosas y caritativas. Dadme niñas capaces de sacrificarse por cuidar y atender a sus padres, por evitarles un disgusto, una pena. Dadme niñas recatadas, modestas, pundonorosas, temerosas de Dios y útiles a su familia y al prójimo.

Madres, educad a vuestras hijas de manera que lleguen a ser el ángel de vuestro hogar cuando solteras, esposas abnegadas y madres cuidadosas después. Enseñad a vuestras hijas desde la más temprana edad a respetar a la ancianidad, a cuidar a los enfermos, a agradecer los beneficios y sobretodo (sic.), enseñadles a amar a Dios y a invocarle en todas las necesidades. (*Labores*, N.º 313, 14 de marzo de 1925: 9).

De modo, pues, que la madre era considerada el arquetipo supremo al que debían aspirar todas las criaturas del sexo femenino. Esta era mostrada como la sacerdotisa del hogar, la guardiana de la casa, la protectora del marido y de los hijos, que se debía caracterizar no sólo por su modestia, castidad, caridad, cariño y su gran capacidad para sufrir en silencio, sino para callar y hacer caso omiso de las debilidades y errores de su marido. Así que este estereotipo femeni-

no se acoplaba perfectamente a ese modelo de mujer virtuosa ensalzada constantemente por la mentalidad católica, de la cual se hacen constantes alusiones en el Nuevo Testamento, pues no sólo debía aplicar sus manos para utilizar la rueca y el huso, sino para ponerlas en servicio del pobre y del menesteroso. (v: *Proverbios* 31, 10–22)

Tal tipo de dama era la responsable de la crianza de su prole, y por ende, en ella recaía la culpa si estos, ya en la adultez, se convertían en delincuentes y elementos anómalos de la sociedad. A la madre, por lo tanto, la patria le confiaba la procreación y formación del carácter de unas criaturas que, al convertirse en ciudadanos, se debían caracterizar por sus cristianos cimientos y su temperancia. Este último era un valor que se debía inculcar en los niños para que cuando llegaran a la adultez no abdicaran ante la embriaguez, y evitaran asistir al garito y la taberna, lugares en donde abundaba el licor y se fraguaban “los proyectos que favorecen la corrupción cívica” (*Labores*, N.º 312, 7 de marzo de 1925: 1). De modo que la madre, como guardiana del hogar, debía estar vigilante para evitar la entrada del flagelo del alcoholismo y de otros vicios al recinto sagrado del hogar. Flagelo que era comparado con una bestia feroz que no dudaba en devorarse tanto al obrero como al burgués, y que corrompía la familia, degradaba la raza, y precipitaba a la patria en un abismo.

Los únicos conocimientos que debían adquirir las mujeres eran los de los oficios domésticos, la higiene, y el evangelio. Las ciencias les estaban vedadas, pues este era un campo exclusivo para los hombres; es decir, para el sexo masculino estaba reservado defender las grandes cuestiones sociales, verter sangre en la guerra, dictar cátedras y ejercer otros elevados menesteres. Sólo estos podían realizar hazañas heroicas pues, en oposición a las mujeres, estos eran racionales y cerebrales, pensaban y aspiraban a la gloria. Las mujeres, por el contrario, se guiaban por los designios del corazón y del amor.

Y más que pensar y razonar, soñaban. Y en vez de ennoblecerse a través del heroísmo, se hacían sublimes a través de las tribulaciones y las penas que continuamente debían padecer a fin de sacar adelante a su familia (*Labores*, N.º 22, 2 de marzo de 1914: 2). De manera que la preparación intelectual de la mujer era considerada como algo innecesario, que incluso podía ser nocivo, si no era bien dosificado.

La acción de las mujeres debía restringirse al espacio privado del hogar; es decir, su virtud debía desarrollarse entre las paredes solitarias del mundo doméstico (*Labores*, N.º 45, 8 de marzo de 1915: 2)². Era en este recinto donde adquirían grandeza, y no en la esfera pública o en el mundo académico e intelectual. Así que el reino en donde las mujeres ejercían soberanía existía “de puertas para adentro”. De modo que la mujer debía resignarse a “coser, a zurcir, a planchar, a enseñar a la cocinera a condimentar un plato y a limpiar la casa”.

De esta forma, cuanto más ignorante era la mujer, más apetible era para el varón, pues no le generaba problemas y mayor era su mansedumbre y dependencia. César Cascabel, articulista de esta revista, expresaba en un tono sarcástico que una buena mujer no debía “haber leído a Bergson ni a Emerson”, y que debía tener la suficiente fuerza de voluntad como para permanecer callada “siquiera un cuarto de hora” (*Labores*, N.º 313, 14 de marzo de 1925: 10). Una opinión que en palabras más serias era apoyada y reivindicada por la Condesa de Noailles, quien llegó a expresar que:

Quédense para el sexo fuerte las que producen acciones heroicas que se esculpen en bronces y en mármoles [...] Así nosotras, tanto más que relevantes cualidades, mucho más que la ciencia o la grave instrucción del espíritu, necesitamos rodearnos de las

2 No sobra recordar que para la revista *Lumbres*, una publicación de los años cuarenta, la mujer podía insertarse en el mundo laboral, pero sin renunciar al ámbito doméstico y a sus funciones de ama de casa.

pequeñas flores del evangelio (*Labores*, N.º 306, 24 de enero de 1925:6)

La Virgen María y algunas matronas griegas y romanas como Cornelia, hija del famoso Scipión y madre de los célebres Tiberio y Cayo Greco, se establecieron como los modelos a seguir por parte de las mujeres bumanguesas, pues en vida habían sido hijas excepcionales, madres ejemplares y esposas sumisas, que dieron al mundo hombres importantes para el bienestar de la humanidad entera³. También habían poseído algunas de las cualidades o características morales que debían inculcarse en las damas santandereanas: castidad, caridad, piedad, modestia, sencillez, fidelidad, sumisión, docilidad, pudor, recato, orden, naturalidad y nobleza. A la par, habían carecido de los principales defectos femeninos, tales como la coquetería, la vanidad, la hipocresía, el egoísmo y la afición por las murmuraciones, los chismes y la falsa adulación. Además no les había faltado otra característica femenina: la propensión a llorar y derramar lágrimas ante las desventuras o el dolor, lo cual dignificaba a la mujer y la volvía excelsa frente a la mirada del varón. (*Labores*, N.º 303, 3 de enero de 1925: 3).

2. Un estereotipo negativo: “la Lulú”, “mujer garçon”, “muñeca del amor” o “femme fatale”

Oh, cruel mujer, sin corazón, eres muñeca de loza, con el cuerpo de aserrín. (Pepe Aguirre).

Con estos apelativos se designaba a aquel tipo de mujer que era dueña de su cuerpo, amaba la libertad, no aceptaba la dominación masculina, y poseía atributos físicos e intelectuales que la hacían irresistible para los hombres, a quienes manipulaba y destrozaba

³ En el caso particular de la mencionada revista *Lumbres*, otros modelos se establecieron tales como Sor Juana Inés de la Cruz (religiosa Carmelita del siglo XVII, cuya fama se extendió gracias a sus bellos escritos) y algunas renombradas matronas colombianas de la elite.

sentimentalmente. Este estereotipo de mujer se oponía a las citadas anteriormente por su falta de abnegación y mansedumbre frente al varón. Contra ellas se escribían artículos en los cuales se advertía sobre su peligrosidad para la virilidad masculina, e incapacidad para asumir las tareas domésticas, dado que tendían a ser perezosas y holgazanas pues en sus casas habían sido muy mimadas y consentidas. Habían sido criadas para verlas lucir, sobresalir en lujo, elegancia y belleza, y no para convertirse en dóciles amas de casa⁴.

Dado que eran mundanas, no era fácil aprisionarlas en la jaula de oro del mundo doméstico. “No busques el valor en la mujer cuya cabeza turbulenta o vacía se aleja de su familia para ir en pos de la fiesta y los placeres” (*Labores*, N.º 45, 8 de marzo de 1915:2). Se le aconsejaba a los caballeros para que no cayeran en las garras de estas criaturas hermosas, pero frívolas, que sólo avizoraban en el horizonte de sus vidas “la regia esplendidez de los salones, y el flirteo para ellas tan necesarios como el auto y el salón de cine” (*Labores*, N.º 463, 16 de febrero de 1928:1). Por esta razón, el varón debía preferir a la inocente novia de provincia, antes que a la pícara novia de ciudad, pues la primera había nacido “para el hogar, como la paloma para el nido” mientras la otra podía estar mancillada por la corrupción reinante en las áreas urbanas, una idea muy influenciada por las creencias católicas (*Ibid*). Era muy usual que en las publicaciones seriadas de este período destinadas para las amas de casa o la familia entera, se descalificara la atracción hacia el mundo moderno, que tenía su escenario fuera de los muros del hogar y que competía con los valores católicos.

4 “[...] se deja que las niñas de las familias acomodadas crezcan entre lujos, sedas, joyas, perfumes, lejos de todo lo que sirve para formarlas como amas de casa. ¿Y qué resulta de allí? Que cuando se casan y los negocios del esposo no van por el camino que este desearía ¿Quién ha de cocinar y lavar muchas veces, aunque tenga dinero para pagar criadas? ¿Quién ha de zurcir los trajes del papá aunque se tenga cuenta corriente en el banco?” (*Labores*, n.º 459, 19 de enero de 1928: 1).

No sobra decir que este juego antitético entre lo puro y lo impuro; lo rural como aquello en que reinaba lo inmaculado, y lo ciudadano como aquello en que regía la suciedad y la podredumbre moral, era una idea continuamente reiterada por el dogma cristiano, y que servía para clasificar al mundo y a los seres que lo habitaban. Por lo tanto, cuanto más relacionada estaba una mujer con las prácticas de ese caótico ámbito urbano que en Colombia, hacia la década de los veinte se encontraba en un efervescente cambio y crecimiento; y cuanto mayor experiencia y conocimiento tenía de su cuerpo y de su entorno, menos idónea era para convertirse en una esposa ejemplar y en la compañera ideal del varón. Así que constantemente se reiteraba en dichos medios impresos de comunicación que “las mujeres honradas como los pueblos felices no deben tener historia. Y no tener historia es no tener experiencia” (*Labores*, N.º 24, 30 de abril de 1914:2).

Ese arquetipo negativo de dama, muy común entre los sectores burgueses de las grandes capitales, y que empezó a emerger en el mundo occidental al concluir la primera guerra mundial, se consideraba que no era ni ingenua, ni sencilla, ni buena. Era coqueta, resbalosa y su corazón no se lo entregaba a nadie. Así que no era sincera ni pura en las relaciones románticas. Antes bien, era una experta en artificios, en la alquimia del amor, que utilizaba para doblegar al macho. A este tipo de dama también la caracterizaba su ambición por el dinero, por lo que eran dadas a ser seductoras con los hombres acaudalados. Estas mujeres se caracterizaban por manipular a toda una cohorte de enamorados, que las agasajaban constantemente, con la falsa ilusión y esperanza de conquistarlas. De modo que estas muchachas mantenían “novios de reserva” (*Labores*, N.º 46, 22 de marzo de 1915:1).

También eran peritas en afeites, en lecturas exóticas y en excéntricas modas de París. Frecuentaban los salones de baile, en donde su

cuerpo ondulaba voluptuosamente al son de los ritmos del charlestón y del vals. En palabras de Erasmo Ríos Taracena, estas damas caprichosas sólo rendían culto “a la diosa augusta de la moda, a los héroes favoritos del cine y a las figuras descollantes en todos los deportes” (*Labores*, N.º 463, 16 de febrero de 1928:1). Las características físicas y el estilo de vida de este tipo de mujer se resume en el siguiente párrafo:

Lulú era una deliciosa jovencita de diez y nueve años, dueña de grandes ojos negros, rasgados, de una boquita hecha para ser besada, y de una gentil figura, esto unido a su cautivadora simpatía, a su elegancia y su melena y trajes de garzona, la hacían realmente encantadora.

Lulú asistía a todos los bailes, iba a los teatros y cines de moda, y gozaba de una gran independencia (*Labores*, N.º 304, 10 de enero de 1925)

Igualmente se, les reprochaba su vanidad, y la tendencia obsesiva a maquillarse y a untarse en sus rostros “mascarones con pinturas exageradas”. En algunos casos, tales tipos de mujeres llegaban a privarse de los alimentos necesarios y se volvían anoréxicas, no sólo para gastar cuanto tenían en polvos, coloretos, tinturas, perfumes, trajes y cintas (*Labores*, N.º 61, 11 de diciembre de 1915:3), sino también para acoplarse a un modelo de cuerpo femenino que había popularizado el cine. Y como si fuera poco, al tratar de imitar a las actrices de moda en ese entonces, algunas jóvenes de las clases acomodadas estaban adoptando el hábito de fumar, todavía muy mal visto entre los sectores tradicionales de la elite⁵.

5 Estos sectores tradicionales también consideraban de mal gusto a las siguientes mujeres, pues rompían las normas básicas de la etiqueta: las que tenían perro faldero, las que tenían confidencias con niños de poca edad, las que tenían intimidad con las criadas, las que tuteaban a los primos y tenían confianza con ellos, las que se pintaban, las que se limpiaban los dientes en público, las que se contoneaban demasiado al caminar, las coquetas, las que vivían en la ventana de seis a seis, las chismosas, las que no querían pasar de los quince años, las que reían a carcajadas, las que saludaban entre dientes, las que criticaban por rivalidad o por envidia, las que se enamoraban de los forasteros sin conocer su procedencia. Al respecto, confróntese *Labores*, n.º 46, 22 de marzo de 1915:1.

Por lo tanto, este estereotipo de mujer autónoma, mundana y frívola, contra la cual se escribieron numerosos artículos, anécdotas y narraciones en varias publicaciones seriadas de la época, se oponía rotundamente con ese patrón ideal de mujer virtuosa tan influenciada por la mentalidad católica y el modelo mariano, y cuya acción debía restringirse al ámbito doméstico.

3. Control y vigilancia sobre el vulnerable cuerpo femenino:

La mujer debía ser pudorosa con su cuerpo, su vestimenta y sus gesticulaciones. Debía ser recatada para conservarse digna y con una reputación intachable. Por tal razón, debía resistirse constantemente a los deseos lúbricos de su novio o enamorado. Cuanto más control tenía la mujer sobre su cuerpo y sus apetitos, mucho más se incrementaba su dignidad. Las damas, por lo tanto, debían conservar la castidad y mantenerse incólumes ante las tentaciones de la vida. Además, cuanto una mujer menos riera, menos gesticulara, menos hablara, menos mirara, menos se contoneara y menos expresiva fuera, más se acercaba al modelo de la dama virtuosa recreada por esa sociedad bumanguesa de los años veinte. De modo que la mujer, para convertirse en una madre y ama de casa ejemplar no sólo debía renunciar al mundo para encerrarse en la prisión del hogar, sino que también debía abdicar a su corporeidad, a sus instintos primarios, a los impulsos libidinosos, al placer. En otras palabras, debía “conservar incólume su virtud, su honor, su dignidad, y todo lo que contribuyera a hacer de ella una verdadera matrona” (*Labores*, N.º 17, 17 de enero de 1914:1).

Retomando a Catalina Reyes, la división irreconciliable entre cuerpo y alma, idea clave en la tradición católica consideraba a la mujer únicamente en su papel de madre. La maternidad era reivindicada como la función femenina por excelencia. La sexualidad fue concebida como acto exclusivamente reproductivo, cualquier signifi-

cado distinto era considerado perverso y dañino para el cuerpo y con mayor razón para el alma (1996: 64). De esta manera; una mujer que sucumbía fácilmente ante los instintos carnales carecía de esa cualidad del pudor (o sentimiento que aparta de exhibir cualquier cosa íntima, especialmente lo relacionado con el sexo) que era considerado el adorno más bello de la mujer y el pariente más próximo a la virtud (*Labores*, N.º 37, 14 de noviembre de 1914: 2); y sin su virginidad, la mujer ya no tenía ninguna valía, se convertía en juguete del hombre y contribuía a corroer “el organismo moral (*Labores*, N.º 367, 27 de marzo de 1926: 9. Jorge Cáceres Bejarano, articulista de la revista *Labores*, recordaba a las damas que “el pudor vale más que el cuerpo. Conserva el pudor” (N.º 310, 21 de febrero de 1925: 10), pues tal como se estipulaba en el Nuevo Testamento, el deseo de la carne atentaba contra el Espíritu, y de la carne no se derivaban más que fornicaciones, inmundicias y lascivias (*Gálatas* 5, 16–26).

El cuerpo femenino tendía a ser considerado un objeto, una cosa, un ente que cuanto menos vulgar, barato y fácil de obtener era, mayor valor adquiría. El cuerpo era visto como un receptáculo de elementos anómalos e impuros, que debía ser reprimido para evitar la perdición del alma, pues se consideraba que “el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción” (*Gálatas*, 5,8). Por eso, las mujeres debían resistirse constantemente ante las peticiones de sus novios y enamorados, mostrarse como chicas difíciles, pues ello las enaltecía, las exaltaba, y a la par, acrecentaba el deseo masculino. Se consideraba que ante la muchacha virgen, recatada, casta y pudorosa, los jóvenes debían sentir tal grado de veneración y de respeto que debían inclinarse reverentes a sus plantas, al igual que lo hacían ante un icono religioso (*Labores*, N.º 367, 27 de marzo de 1926: 9). Esto aconsejaba a sus lectoras Carmen Delval, otra articulista de la mencionada revista: “[...] cuantas mayores dificultades se encuentran para llegar a la posesión de un objeto, mayor es el mérito que se le concede y el cariño que se le toma” (*Labores*, N.º 306, 24 de enero de 1925: 10).

Los hombres asimilaron este arquetipo de reina y madre del hogar: para ellos la madre y la esposa eran seres “para respetar”. La Iglesia se encargaba de reforzar este discurso a través de publicaciones de amplia difusión y duración. Esta doble moral sexual que dissociaba amor y placer sexual era reforzada por una cultura machista en la que el hombre tenía derecho a satisfacer sus deseos mientras la mujer debía conservar las virtudes antes señaladas. Las mujeres se dividieron en dos categorías irreconciliables: de un lado, las Evas pecaminosas, signos de la tentación y la maldad, y de otro, las mujeres buenas que imitaban a la Virgen María, futuras madres y esposas. La virtud y el pudor de las mujeres estaban protegidos en la medida en que existieran las pecadoras y voluptuosas que calmaban los bajos instintos de los hombres (Reyes Cárdenas: 2002, 218 – 219).

El varón era visto como un peligro constante para ese cuerpo femenino, pues con sus quiméricos juramentos y su falo podía destruir ese “templo de virtud” y condenar a la mujer a una vida socialmente vergonzosa⁶. Las jovencitas, por lo tanto, debían ser vigiladas continuamente por sus madres y educadas en la moral y la religión para que “aquellos hombres de desmoralizado corazón y sin conciencia no las engañaran con sus falsas promesas y fementido amor” (*Labores*, N.º 17, 17 de enero de 1914: 1) y, por lo tanto, las convirtieran

6 Cabe recordar que el falo o miembro viril ha sido considerado en diferentes culturas como el símbolo del poder generador y productivo de la naturaleza. Ha sido usualmente asociado a la fertilidad y a la abundancia. Por esta razón, el falo también era considerado el enemigo de la esterilidad, de la muerte y de todos los males a los que la carne está expuesta. Entre los romanos se le atribuía la protección de los campos y los viñedos contra los pájaros y los animales dañinos, los ladrones y las malas influencias que impedían el desarrollo del fruto. Como amuleto, el falo deshacía los sortilegios o encantamientos y era un antídoto contra el mal de ojo. Sin embargo, en este caso particular, el falo adquiere una connotación negativa: es el símbolo de una sexualidad transgresora que se lleva a cabo sin estar legitimada bajo el vínculo del matrimonio, y que era considerada anómala por una sociedad completamente imbuida en la satanización de la carne practicada por el cristianismo ortodoxo. A su vez, en este caso el falo es el emblema de embarazos indeseados, del madresolterismo, de la procreación de hijos naturales y bastardos, y de una existencia de alienación y vergüenza para esa mujer que accedía a relaciones sexuales prematrimoniales.

en seres abyectos. Se creía que sólo la oración constante, las advertencias maternas y la instauración de temores y tabúes alrededor de todo aquello que hiciera referencia al sexo y a la genitalidad posibilitaban que las doncellas se apartaran de esos “hombres monstruosos que con una horrenda malevolencia llevan a los hogares la deshonra y con estas las grandes amarguras de la vida; hombres que después se quitan el antifaz para reírse de la desgracia que han causado a una joven que quizá habiéndola honrado habría sido virtuosa esposa y excelente madre” (*Ibid*). De modo que bajo esta perspectiva profundamente influenciada por el credo católico, las damas no sólo debían estar apartadas de las corruptas influencias del mundo y restringir al máximo sus apetitos carnales, sino mantenerse alejadas de aquellos hombres que, con el único fin de satisfacer su lascivia, les prometían a las muchachas ingenuas el cielo y la tierra.

De manera que, según Rafaela Vos Obeso, las severas costumbres se convirtieron en guardianas del sexo femenino. La salvaguarda de su honor se fundamentaba en valores constitutivos de su identidad y moralidad, como la castidad, el sufrimiento y la vergüenza. La virginidad, virtud en la que se condensaban estos valores, se constituía en el símbolo de pureza. Las mujeres de ese entonces no sólo eran criadas para ser madres sino, así mismo, para mantener el imaginario virginal alimentado por la cultura y reforzado por los dogmas religiosos (2002:253).

Mujer y trabajo en el modelo propuesto por las revistas

Un aspecto destacado en la construcción de un rol específico de mujer que se presenta en las revistas es la relación de la mujer con el ámbito laboral. En este apartado se hace evidente que hay dos tendencias sobre el papel de la mujer en el mundo del trabajo: la primera, que coincide con las décadas iniciales del siglo, en el cual la mujer queda restringida a las labores del hogar y el espacio doméstico, y

otra en la cual, a finales de los años veinte, la mujer puede ingresar al trabajo con ciertas restricciones. La mujer perteneciente a las capas más deprimidas de la población puede acceder al mercado laboral para colaborar en el sostenimiento del hogar, que sigue siendo su ámbito “natural” indiscutible. A la mujer que forma parte de la elite se le permite entrar al mundo del trabajo en mejores condiciones, para ocupar puestos relacionados con las artes, las profesiones liberales, la docencia e incluso la política.

En los primeros años la imagen que se construyó de la mujer estaba restringida al ámbito doméstico, al hogar, considerado como su dominio “natural”, sólo en este espacio le era permitido tomar decisiones. Esta restricción se justificaba recurriendo a las capacidades “naturales” que diferenciaban al hombre de la mujer. El espacio público, relacionado con la toma de decisiones de carácter político, era propio del hombre por su marcada “superioridad”, “racionalidad”, “fuerza” e “intelectualidad”. La mujer quedaba limitada a la casa, el cuidado y educación de los hijos, lo cual se legitimaba bajo una imagen que la presentaba como “sumisa”, “recatada”, “malgeniada”, “celosa”, “maldadosa”, “rencillosa”, “histérica”, “débil”, “dependiente”:

La misión social de la mujer se cumple en el bendecido círculo de la familia. Sus virtudes modestas pero fecundas van a reflejarse para honor y salvación de la sociedad en los hermanos, en el esposo, en los hijos. Así la mujer ha de contribuir a la felicidad y engrandecimiento de los pueblos, pero no apareciendo por sí misma en el escenario público, sino preparando en secreto y a fuerza de generosidad y sacrificios esa magnífica florescencia que se apellida civilización. (Cortes Lee, C. “El tipo perfecto de mujer”, En: *Labores*, N.º 373, 8 de mayo de 1926: 3)

La mujer era concebida como distinta al hombre, física e intelectualmente, lo cual la llevaba a ocupar roles en la sociedad distintos a los de éste, y considerados como livianos y estéticos en comparación con los fuertes y racionales del trabajo masculino:

La república que es fe, que es amor, que es ciencia, que es arte, que es ley, que es patriotismo, que es dolor, que es sacrificio, que es progreso, necesita para subsistir dos columnas fundamentales que son la inteligencia del hombre y el corazón de la mujer [...] Amor para el padre, para el hijo, para el desvalido, para el niño, para el prójimo, para los animales, para las plantas, para las cosas. He aquí el altar inmenso: ella la sacerdotisa (BONILLA (Manuel A.), “Mujer y Patria”, En: *Labores*, N.º 367, 27 de marzo de 1926: 4).

El enclaustramiento doméstico de las mujeres se impuso gracias a su dependencia económica del varón, el fomento de su ignorancia intelectual y la anulación de su identidad erótica. Esta realidad fue sostenida por una trilogía de significaciones imaginarias colectivas: la Mujer = Madre, la pasividad sexual como inherente a la femineidad y el mito del amor romántico (Fernández, 1993: 10). Este imaginario fue creado y compartido por hombres y mujeres por igual en las primeras décadas del siglo.

Sin embargo, con la consolidación del auge industrial en el país, la demanda de mano de obra en las fábricas provocó un cambio en esta tendencia. La mujer pudo acceder al mercado laboral sobre todo en trabajos relacionados con el sector textil y administrativo, para satisfacer esa demanda. El proyecto de Estado-nación que propugnaban tanto conservadores como liberales se basaba en la inclusión de Colombia dentro del espectro de los países desarrollados, en ese proyecto de modernización la mujer ocupaba un nuevo lugar en la sociedad siguiendo el modelo de referencia en aquellos años, Estados Unidos:

No debemos olvidar la causa importante del gran progreso norteamericano, y es el considerable lugar que en él ha tenido la educación de la mujer y el puesto señalado y preferente que tiene en esa sociedad. Ella, sin duda ha contribuido, en primera línea, a formar el carácter patriótico y emprendedor de sus compatriotas. Activas, instruidas, fuertes, libres, profundamente respetadas, su influencia en la formación de los caracteres tan dis-

puestos para la lucha de las ideas como de las empresas. Como madres, como esposas, como hermanas, como amigas, como trabajadoras en todo orden de cosas, son las primeras en dar el ejemplo, probando que la mujer es apta para todos los oficios y carreras como el hombre [...] El consejo de Napoleón I, para levantar el espíritu de las futuras generaciones: “dedicaos a formar madres que sepan educar a sus hijos. (Ludovico, “Instrucción es progreso”, En: *Labores* N.º 357, 16 de enero de 1926: 4)

Pero la inclusión al mundo laboral no significó un cambio radical en el rol asignado a la mujer. El trabajo se consideró un complemento al sustento del hogar, su lugar por excelencia del cual era la *sacerdotisa*, y para el mantenimiento de la familia:

Cientos de mujeres tienen que cumplir el deber ineludible del trabajo porque de sus reducidas ganancias depende la vida de la madre, incapacitada para trabajar, o la educación del hijo; por esta necesidad apremiante se ve obligada a trabajar devengado un sueldo que no paga ni su capacidad ni su actividad, porque el fruto de él es el único ingreso de su hogar (Cárdenas B (Olga), “La mujer y sus derechos”, En: *Luz*, N.º 3, mayo de 1949: 25).

Las virtudes que ostentaba en la casa, sensibilidad, garante de la moral y la educación de los hijos fueron las que debían exportar al mundo del trabajo como enfermeras, maestras, secretarias, obreras sumisas y obedientes:

Ellas, las mujeres que trabajan, han aristocratizado y embellecido el ambiente de las oficinas; su fresca gracia ha llevado a fábricas, talleres y empresas comerciales una nota de distinción y de cultura; han creado un nuevo clima de respeto y de mesura para los jefes y compañeros; los varones tienen forzosamente que olvidar sus charlas equívocas, sus chistes de mal gusto, sus palabras ásperas; ellas son las que han puesto sobre los escritorios la viva pincelada fragante del gajo de rosas; [...]. (Isaza, B:1949, 12).

A la vez que la mujer aumenta su presencia en fábricas, talleres y oficinas surgieron las primeras organizaciones de trabajadoras,

como la Unión Femenina, reclamando mejoras laborales e igualdad de salarios con los hombres por el mismo trabajo realizado:

[...] un escaso número de mujeres de buena voluntad se reunió con el firme propósito de fundar una agrupación cuyos fines principales pueden resumirse así: Levantar el pensamiento sobre la gris monotonía del trabajo; lograr que el Estado se interese un poco más en la educación de la mujer; proporcionar ayuda a las empleadas para que logren una especialización técnica que las capacite para enfrentarse a la vida con armas más adecuadas con que librar la lucha; conocer de arte y literatura [...].(Cardinas: 1949, 25)

A su vez, dentro de estas organizaciones se fomentó un ideario feminista que en el ámbito del trabajo propugnaba la igualdad con el hombre:

Nuestra capacidad intelectual ha sido comprobada con hechos que no admiten discusión: la mujer colombiana se ha lanzado a la conquista de las profesiones liberales que antes eran campo de la acción exclusiva del hombre, no por ley sino por costumbre, y en ejercicio de ellas ha demostrado su plena capacidad mental, en ningún caso inferior a la del hombre [...]. (*Ibíd.*)

Con la irrupción y consolidación de la mujer en el mundo del trabajo no se produjo un quiebre de los roles de género tradicionales, más bien se operó un reajuste dentro de los mismos: se permitía a la mujer abandonar el hogar para desempeñar en los espacios públicos, hasta ese momento exclusivos del hombre, las mismas “funciones” (que no tareas) que realizaba en la casa. No cambió “la mujer”, cambiaron las necesidades para las que era requerida en una sociedad inmersa en un proceso de desarrollo industrial. Sin embargo, esto no significó que ver a la mujer ocupando puestos “masculinos” se aceptara con facilidad, o bien que la independencia económica del sexo femenino fuese recibida como un signo de notable progreso. Muy al contrario, los sectores más reaccionarios de la sociedad colombiana no escatimaron críticas contra un proceso de emancipación que consideraban atacaba los valores cristianos sobre los que se

asentaba el orden social. Así se refleja en la revista *Luz* cuando en uno de sus artículos se comentan las denuncias de un predicador sobre este punto:

[...] un modesto predicador tuvo frases acerbas, y comentarios injustos, y apreciaciones equivocadas acerca de las mujeres que trabajan. Según él, estas damas clarísimas disfrutaban de una libertad peligrosa, se acostumbran a gastar el dinero a manos llenas, se vuelven imperiosas y no dan garantías como mujeres de hogar. (Isaza: 1949, 12)

Frente a las críticas, desde las filas femeninas que defendían el derecho de la mujer al trabajo, se respondió a los ataques exigiendo respeto y dignidad, pero sin ser capaces de romper con el modelo impuesto por los roles de género tradicionales. La mujer que salía a trabajar fuera del hogar era tan digna como la que se quedaba en casa, sin embargo, los ataques a la construcción de género que mantenía a la mujer subyugada en condiciones de inferioridad fueron de menor intensidad. Se peleaba por el derecho al voto, por el derecho al trabajo, por el mismo salario que los hombres por igual trabajo, pero no se cuestionó directamente el entramado moral discriminatorio que mantenía a la mujer atrapada en un rol social inferior al del hombre:

Las mujeres que trabajan en las oficinas son tan dignas como las que trabajan en el recinto amable del hogar, y son tan merecedoras del respeto y cariño de todos que las que se pasan las dos terceras partes de su vida en los salones de belleza, en las casas de moda y en los costureros donde con lamentable frecuencia se pespantan por parejo telas y reputaciones; las mujeres que trabajan se casan por amor; no se venden por trajes o por una dorada ociosidad; el dinero que ganan es comodidad para sus padres, apoyo para sus hermanos, educación para sus hijos, pan y drogas para muchos necesitados; es alegría y holgura hogareña porque no se queda jamás en las cantinas ni en los cafetines de los arrabales; ellas tienen más derechos a las cosas de lujo porque las adquieren con su consagración y con el ejercicio de su inteligencia y más meritorias que aquellas que dejan exhaustas la bolsa paterna en su incontrolado afán de lucir los últimos modelos de vestidos,

sombreros y zapatos. Se toman la libertad de llevar dentro de la cabeza algo más que un poco de estopa [...]. (*Ibíd.*)

Con la llegada al poder del partido liberal en 1930, comenzó un proceso de reformas tendientes a reducir la discriminación. Los liberales trataron de atenuar legalmente la condición dependiente de la mujer en la sociedad y en la familia, en 1932 se aprobó una reforma del Código Civil que mantenía la virtual minoría de edad de la mujer casada en la disposición de sus bienes inmuebles y que le restringía el ejercicio profesional. En 1936, López llevó adelante reformas que permitían a la mujer acceder a puestos públicos. A pesar de estas medidas no varió el rol impuesto a la mujer, el “deber ser” por el cual debía guiarse la mujer, fuera cual fuera la tarea que desempeñara. Simplemente, se abrieron nuevos espacios para un mismo tipo de mujer.

Función de la mujer para la construcción de un modelo particular de Estado-nación: del hogar a la escuela

Durante la primera mitad del siglo XX, el proyecto de nación propuesto en el país requiere de unas políticas públicas soportadas en arquetipos de la vida privada de los ciudadanos. Es decir, necesita de la creación de modelos de hombre y mujer considerados socialmente útiles a la nación.

Con la mujer inserta en el hogar, en el trabajo y en la educación, se cumple con la función principal de ser madre - esposa formadora y educadora de hijos. Ya que estos últimos al salir del hogar llevan impresos en el corazón y en el carácter el espíritu de sus madres. Es el ejemplo y la educación del hogar lo que más arraiga en el alma, y es con esa fuerza interior con la que los hombres se presentan en la plaza pública y asisten a todos los actos de la vida social y colectiva (“Instrucción es progreso”. En: *Labores*, N.º 357, 16 de enero de 1926: 4).

Una de las principales funciones *de la mujer* que se menciona en las revistas, es el papel como madre y ángel guardián y tutelar del hogar. Sobre esto especifica que la mujer es un ser delicado, sublime, sensitivo y durante el periodo de la maternidad es el ser por excelencia de amor y equidad. Este amor profesado por las madres sin medida alguna “engrandece a la humanidad, es un amor perfecto” a su vez especifica que “el amor de la madre no es limitado solo para los hijos; el amor de la madre se ha despertado para la humanidad entera a su vez que la mujer se hace digna siendo madre”. (“La Mujer”. En: *Labores*, N.º 313, 14 de marzo de 1925: 1).

Pero estas madres amorosas deben igualmente impartir una disciplina y exigir buen comportamiento a los hijos inquietos y traviesos, pues de esta manera evitan que se conviertan en miembros indeseables y espurios de la sociedad. La manera de especificar esto se realiza por medio de un llamado de atención sobre “el inmenso mal que le causamos a nuestros hijos cuando les permitimos eludir los deberes y disciplina de la vida diaria, hasta convertirlos en un ente inútil, abúlico e inválido”. (“La equivocada nerviosidad de algunos muchachos inteligentes” En: *Labores*, N.º 311, 20 de febrero de 1925: 4). Con esto deja presente la inminente necesidad de ejercer una autoridad definida sobre los niños.

A la madre como procreadora se le adjudica la responsabilidad de la crianza, desarrollo, educación, y fundamentación de la moral y respeto para con su padre y la sociedad en general. Frente a esto se realiza una serie de advertencias sobre los preceptos que pueden perjudicar la enseñanza de un niño: “Empezad por darle desde pequeño cuanto se le antoje; hablad delante de él de sus cualidades y habilidades portentosas; decid delante de él que os es imposible corregirlo; No seáis del mismo parecer, padre y madre, en lo tocante a él; Dejadle creer que su padre es un tirano que no sirve para más que para castigarlo; Que el padre desprecie a la madre en presencia

del niño; no os fijéis con qué amigos anda; dejadle leer todo lo que quieran; Adquirir fortuna para él, sin darle buenos principios; dejadle sin vigilancia durante las horas de recreo [...]. (“Cómo educar mal a un niño”. En: *Labores*, N.º 314, 21 de marzo de 1925: 7).

Además de criar buenos hijos, las madres como tutoras del hogar deben inculcar al interior de estos los buenos valores y buen comportamiento en sociedad. Específicamente deben dar los valores de la temperancia y la templanza, con el fin de contrarrestar los efectos nefastos del consumo del licor. Es decir, la madre tiene en sus manos la formación de una generación de ciudadanos, de modo que debe estar vigilante en las acciones de los integrantes de su hogar para evitar el ingreso del vicio como el licor. “Empecéis la campaña en el hogar... debéis proscribir de sus mesas el uso de las bebidas embriagantes; que la madre cariñosa, con amor y la constancia que la caracteriza infunda en sus hijos desde la tierna infancia honda repugnancia al vil licor, que les enseñe a temerlo todavía más que a la venenosa víbora de cascabel ... Oh, madre latinoamericana, en tus manos amantes están los destinos de tus hijos; pesa las responsabilidades que tienes ante Dios y la gravedad de la conducta de tus hijos”. (“Temperancia”. En: *Labores*, N.º 313, 14 de marzo de 1925: 3).

Otra de las funciones que se le asignan a la mujer es como educadora, no desde el hogar sino desde la escuela en donde ella debe impartir en las nuevas generaciones y los jóvenes alumnos colombianos las virtudes: “caridad, patriotismo, perseverancia, solidaridad, iniciativa, civismo, en fin, por cualquier faz, moral o mental que lo destaque” (“El escolar colombiano”. En: *Tierra Nativa*, N.º 142, 23 de noviembre de 1929: 15). Con esto se busca dar personalidad al escolar, estimular, crear, hacer patria formando buenos ciudadanos desde la escuela con la firme intención de afianzar la sociedad de la época.

La obligación de la mujer, tanto en el hogar como en la escuela es la formación de ciudadanos con un fuerte sentimiento nacionalista, bajo la ideología del modelo conservador–católico. El rol de la mujer se configura para cumplir con la función de crear patria. Sus dotes como ser amoroso, espiritual y noble, permitirían darle forma a ciudadanos dispuestos a entregarlo todo por la patria.

La república que es fe, que es amor, que es ciencia, que es arte, que es ley, que es patriotismo, que es dolor, que es sacrificio, que es progreso, necesita para subsistir dos columnas fundamentales que son la inteligencia del hombre y el corazón de la mujer. [...] He aquí el altar inmenso: ella debe ser la sacerdotisa. (“Mujer y Patria”. En: *Labores*, N.º 367, 27 de marzo de 1926: 4).

Otra manera de crear patria es “Haciendo hombres fuertes y robustos, sensatos y activos, tendremos una sociedad vigorosa, fecunda en hechos y notable por sus prácticas. Los hombres de nuestra raza tienen un deber ineluctable que cumplir.” Todo esto con el fin de cambiar y vigorizar los pueblos”. (“Fuerza de Acción”. En: *Labores*, N.º 357, 16 de enero de 1926: 1). Vigorizar los pueblos, deber de nuestra raza, nacionalismo, conceptos claros del fascismo.

Todos estos principios de acción, valores y buenas costumbres dependen de las mujeres, quienes son las encargadas de formar hombres buenos encargados a su vez de la prosperidad de las sociedades.

En el número ciento cuarenta y siete (147) de la Revista *Labores*, en el artículo titulado “Regresamos” se declara la intención de contribuir a la conservación de los valores tradicionales, de ideal conservador, de la familia, todo, en pro de la construcción de la patria. Es notorio pues, el perfil moral que la publicación trata de establecer en los lectores quienes siguen sus artículos semana tras semana. En dos de ellos, es posible además desvelar el interés de colocar a la patria por encima de los partidos. Allí leemos:

[...] Volvemos hoy a reanudar la labor empleada hace nueve años, convencidos de que hacemos obra meritoria para la sociedad y la

patria, poniendo a su servicio esta modesta hoja, en cuyas columnas encontrará siempre el público lectura sana que instruye y corrige [...]

Nuestra mayor aspiración es hacer de este un campo neutral, en donde no tenga entrada la política partidista, que todo lo envenena, para que las personas patriotas y de buena voluntad puedan colaborar en el fin de trabajar por el adelanto material y moral de este abnegado pueblo de Santander y por el engrandecimiento de la patria. (*Labores*, N.º 147, 15 de octubre de 1926, p.1).

Según el modelo, propuesto en las revistas, dentro de las funciones de la mujer para con la nación supone otra obligación: devolverle la paz a la patria, utilizando para ello su naturaleza femenina que se identifica como paz. Ella, mujer, da a la patria aquello que naturalmente ella es: “Tú mujer, eres la PAZ [...] Mujer, mujer colombiana tienes doble razón y doble título para mostrar tus reservas morales y probar la eficacia y grandeza de tus poderes espirituales [...] Una palabra tuya basta para llevar al hombre a la cumbre de todos los heroísmos, y a la sima de todas las abyecciones [...] Mujer y mujer colombiana la patria espera de tu aporte de paz en esta hora” (“Paz a los hombres de buena voluntad”. En: *Lumbre*, N.º 3 de mayo de 1949 p. 3).

Visión sobre lo masculino: el paradigma masculino de proveedor, protector y preñador

En las revistas puede decirse que ser hombre se define por tres imperativos : ser “protector”, “proveedor” y “preñador”. El imperativo de ser “protector” se expresa en que el ser hombre se reivindica con el “caballero” quien no debe ofender ni verbal, ni físicamente a la mujer pues el “hombre que maltrate a una mujer, ya de palabras o de obras, rebaja su dignidad masculina” (“A las lectoras y lectores de *Tierra Nativa*”. En: *Tierra Nativa*. Revista Gráfica, N.º 136, Bucaramanga, Editorial Uribe &Cía., 9 de febrero de 1929, p.14).

Un caso que demuestra esto, es el de un redactor de la revista *Tierra Nativa* que ante los supuestos “improperios” que dirigió otro periodista sobre la persona de Rosario Sansores, este salió en su defensa porque ella “como mujer y como madre merece el respeto de todo hombre que se sepa hombre entero” (*Ibíd*, p.13). Así, lo que está en medio es una protección hacia la mujer, a quien seguramente se le asume como débil e indefensa ante la dureza que representa el sexo masculino.

Esta dureza adjudicada al sexo masculino está relacionada con la idea sobre un diformismo sexual de la especie humana, o sea el mayor tamaño y fuerza del hombre, con la consiguiente mayor capacidad agresiva que determinan los papeles de protector y proveedor. En consecuencia, se exige al hombre que desarrolle una serie de cualidades ligadas a la agresividad (para lo cual parece estar fisiológicamente mejor dotado que la mujer): “el hombre debe ser fuerte, porque ser fuerte indica: marchar hacia delante, ser firme y decidido, mandar, saber morir. El hombre debe someterse al DEBER, agua helada donde se sumerge el hierro para forjarlo” (“Pepitas de Oro”. En: *Labores*, N.º 365, 13 de marzo de 1926, p. 1). Llegar a ser un “verdadero hombre” para la época en que se editan las revistas, parece ser un reto a la virilidad, ya que los caballeros se debían exponer a dificultades y riesgos, incluyendo la pérdida de la vida.

El ser “proveedor” sin embargo, significa una carga para los hombres. Se considera que el matrimonio es desventajoso ya que la mujer es “para el marido una carga”, para el rico una amenaza, para el viudo un descanso. Algunos llegan a incitar a los hombres a no enamorarse como en el siguiente artículo:

*De cada cien solteronas,
noventa y nueve jamás aman de veras;
de cada cien quedadas
noventa y ocho son cotorras trasnochadas:*

*de cada cien casadas
noventa y siete a su marido hacen tajadas;
de cada cien viudas
ciento menos cuatro son falsas como judas.
Muchachos que juráis amor eterno*

No sigáis el camino al infierno. (de malaga (Porfirio), “Compañeros”. En: *Tierra Nativa*. Revista Gráfica, N.º 126, Bucaramanga, Editorial Uribe & Cía., 21 de diciembre de 1929, p.20).

El ser “preñador”: “la mujer que resiste a la seducción de un hombre hasta puede ser admirada. El hombre que resiste a las seducciones de una mujer es ridículo” (Anónimo. Sin título. En: *Tierra Nativa*. Revista Gráfica, N.º 189, Bucaramanga, Editorial Uribe & Cía., 1 de noviembre de 1930, p.14). Esta fuerte diferenciación sexual lleva un repudio de lo femenino y su dominación tiende a colocarse como valores fundamentales en la identidad sexual masculina.

Publicidad y construcción de género: para la casa, bella e ignorante, son los símbolos de la perfección

Tal como hemos señalado a lo largo del texto, las revistas analizadas proponían a la sociedad ciertos valores orientados a la construcción de una visión particular de género. El análisis de la publicidad nos confirma varios de los supuestos componentes del concepto presentado anteriormente. Sin embargo, en razón a la cortedad del periodo escogido para el análisis, sólo podemos establecer algunas tendencias percibidas a través de los anuncios comerciales.

La publicidad, esta mezcla de comercio, estética y estrategias de persuasión, a través de su particular lenguaje, es muy sugerente a la hora visualizar los valores culturales propuestos a la sociedad, por ello consideramos importante tener en cuenta esta variable para nuestro estudio. Los resultados obtenidos, no simplemente coinci-

dieron con la información obtenida en los artículos, sino que además nos llevaron por lugares no accesibles a través de los textos.

Tanto en la revista *Tierra Nativa* como en *Labores*, la publicidad se dirigía principalmente hacia los hombres, quienes para la época eran la mayor parte de la fuerza laboral del país, y por ende los que podían comprar las mercancías puestas a la venta. En *Tierra Nativa* tres quintas partes de la publicidad se dirigían particularmente a los hombres, una quinta parte tanto a hombres como a mujeres y otra quinta parte a las mujeres. En la revista *Labores* la tendencia fue similar, los anuncios se dirigían principalmente a los hombres, aunque la diferencia entre hombres y mujeres no es tan marcada como en *Tierra Nativa*.

Destinatarios de la publicidad

Revista *Tierra Nativa*

Sexo	T. N. 1928	T. N. 1930	T. N. 1931	Cantidad total
Hombre	48	126	62	236
Mujer	24	64	2	90
Hombre-Mujer	20	56	5	81
Hombre-Mujer-Niño	0	1	0	1

Sexo	Cantidad total
Hombre	236
Mujer	90
Hombre-Mujer	81
Hombre-Mujer-Niño	1



Revista *Labores*

Sexo	Labores 1928
Hombre	58
Mujer	47
Hombre-Mujer	14
Hombre-Mujer-Niño	22



Tendencia general: revistas *Tierra Nativa* y *Labores*

Sexo	T.N. 1928	T.N. 1930	T.N. 1931	Labores 1928	Cantidad Total
Hombre	48	126	62	58	294
Mujer	24	64	2	47	137
Hombre-Mujer	20	56	5	14	95
Hombre-Mujer- Niño	0	1	0	22	23

Sexo	Cantidad Total
Hombre	294
Mujer	137
Hombre-Mujer	95
Hombre-Mujer-Niño	23

Tendencia General: Destinatarios de la Publicidad



En las revistas, casi toda la información para persuadir al comprador se transmitía en forma de texto. En general, para la época no era muy frecuente el uso de dibujos y fotografías que incitan a la adquisición de los productos. En *Tierra Nativa* solo la cuarta parte de la publicidad tenía imágenes y en *Labores* sólo el 16%. Sin embargo, en ambas revistas primaba una tendencia a utilizar a las mujeres para presentar los productos. Era pues lo femenino usado como gancho de venta para atraer a los hombres y, por lo tanto, se hacía un empleo de la mujer como objeto comercial.

IMAGEN CENTRAL QUE ILUSTRA EL AVISO PUBLICITARIO

Revista *Tierra Nativa*

Imagen central	TN 1928	TN 1930	TN 1931	Cantidad Total
1. Hombre	4	25	2	31
2. Mujer	32	15	35	82
3. Niño	4			4
4. Objetos		28	2	30
5. Texto	52	174	31	257
6. Hombre y mujer	18	7	1	26

Imagen central	Cantidad total
1. Hombre	31
2. Mujer	82
3. Niño	4
4. Objetos	30
5. Texto	257
6. Hombre y mujer	26



Revista *Labores*

Imagen central	Labores 1928
1. Hombre	
2. Mujer	13
3. Niño	
4. Objetos	12
5. Texto	129
6. Hombre y mujer	



Tendencia general: revistas

Tierra Nativa y Labores

Imagen Central	TN 1928	TN 1930	TN 1931	Labores 1928	Cantidad total
1. Hombre	4	25	2		31
2. Mujer	32	15	35	13	95
3. Niño	4				4
4. Objetos		28	2	12	42
5. Texto	52	174	31	129	386
6. Hombre y mujer	18	7	1		26

Imagen central	Cantidad total
1. Hombre	31
2. Mujer	95
3. Niño	4
4. Objetos	42
5. Texto	386
6. Hombre y mujer	26

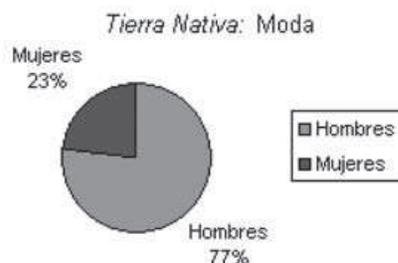


Los anuncios estaban orientados a diferentes aspectos de la vida de los hombres y de las mujeres. El 48% de los objetos publicitados eran de uso personal, y se referían a moda, estética, accesorios, joyas y salud. En *Tierra Nativa* lo más publicitado eran textiles, vestidos y sastrerías; en *Labores* la publicidad se centraba en accesorios como zapatos, carteras y sombreros. En la revista *Tierra Nativa* el 70% de los anuncios de vestuario eran masculinos y correspondían a trajes, sastrerías o paños; en contraste el 30% de los artículos correspondientes a mujeres que estaba representado por vestidos de novia y medias femeninas. En la revista *Labores* los accesorios eran principalmente para las mujeres, se les ofrecían zapatos y carteras. En ambas revistas las joyas y los artículos de belleza se publicitaban casi en su totalidad para la mujer.

OBJETOS DE USO PERSONAL

Revista *Tierra Nativa*

Moda	Cantidad
Hombres	46
Mujeres	14



Tierra Nativa: Joyas



Joyas	Cantidad
Hombre - Mujer	9
Mujer	22

Revista *Labores*

Labores: Estética

Estética	Cantidad
Hombres	2
Mujeres	15





Así pues, se trataba de vender a los hombres, en la mayoría de los casos, mediante la imagen de lo femenino tomada como un bien en oferta; y cuando se vendía algo a las mujeres, el artículo ofrecido reforzaba una imagen femenina de ente reproductor destinado a engalanarse para satisfacer la exigente mirada masculina.

Por otra parte además de los objetos de uso personal, se publicitaban preferencialmente otros de consumo personal tales como licor y cigarrillos. Este tipo de productos ocupaba la cuarta parte de los anuncios y su público eran principalmente hombres, para quienes se considera que su consumo redundaba en el fortalecimiento de su masculinidad.

Llama la atención que los anuncios asociados a actividades intelectuales como crucigramas y libros ocupaban menos de la décima parte de la totalidad de la publicidad y que estaban dirigidos exclusivamente al sector masculino, indicando así que en la publicidad se deja de lado la propuesta de los artículos de una posible capacitación para la mujer, porque supuestamente no la requiere para estar bella dentro del hogar.

En conclusión, frente a la irrupción de algunas mujeres en actividades diferentes a las del hogar los artículos de las revistas planteaban encauzar su participación para que esta no se saliera de su condición de procreadora, fiel y sumisa. Por el contrario los anuncios publicitarios no dejaban ningún espacio abierto a la actividad

OBJETOS DE PUBLICIDAD ORIENTADOS DE ACUERDO A SU FUNCIÓN

Revista *Tierra Nativa*

Orientado a	1928	1930	1931	Total
1. Padre - Madre	8	1		9
2. Esposa - Esposo				
3.Trabajador(a)		12	3	15
4. Ama de Casa	2	19		21
5. Hijo - Hija		4		4
6.1 Salud	10	16		26
6.2 Estética	20	9	3	32
6.3 Moda	10	64	2	76
6.4 Joyas		29	3	32
6.5 Accesorios	4	9		13
7. Amante				
8. Amigo - Amiga				
9.1 Cigarrillo	38		24	62
9.2 Licor		26	5	31
10 Otros	10	12	29	51

Revista *Tierra Nativa*

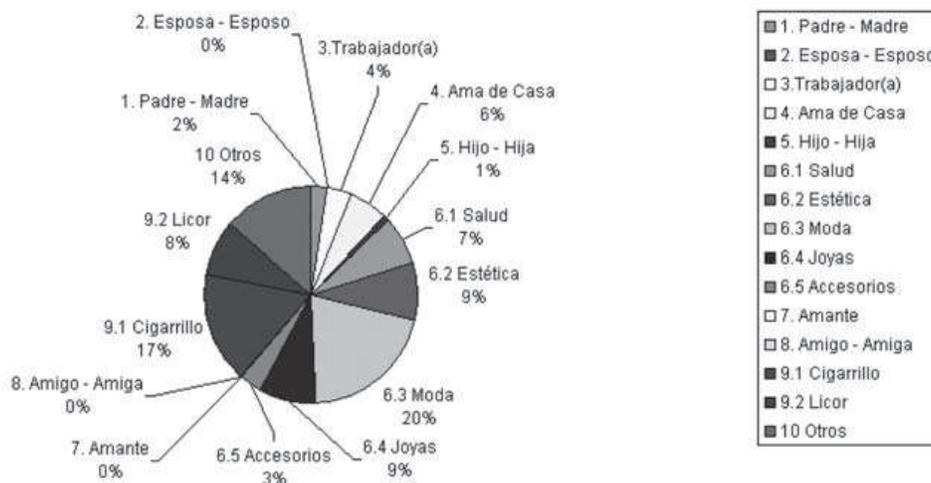
Orientado a	Cantidad
1. Padre - Madre	9
2. Esposa - Esposo	
3.Trabajador(a)	15
4. Ama de Casa	21
5. Hijo - Hija	4
6.1 Salud	26
6.2 Estética	32
6.3 Moda	76
6.4 Joyas	32
6.5 Accesorios	13
7. Amante	
8. Amigo - Amiga	
9.1 Cigarrillo	62
9.2 Licor	31
10 Otros	51

Revista *Labores*

Orientado a	Labores 1928
1. Padre - Madre	
2. Esposa - Esposo	
3.Trabajador(a)	
4. Ama de Casa	
5. Hijo - Hija	
6.1 Salud	5
6.2 Estética	17
6.3 Moda	
6.4 Joyas	
6.5 Accesorios	64
7. Amante	
8. Amigo - Amiga	
9.1 Cigarrillo	33
9.2 Licor	
10 Otros	4

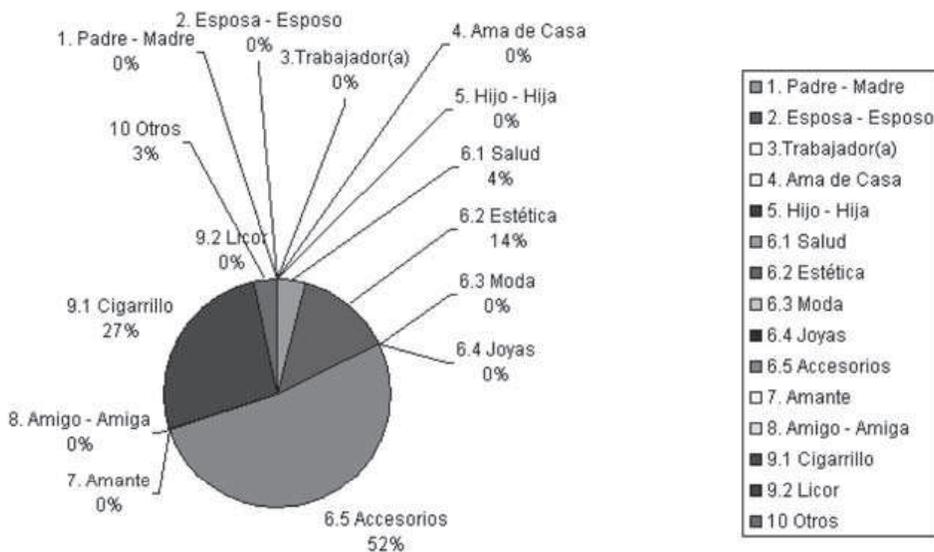
Tendencia general: *Labores y Tierra Nativa*

Orientado a	Cantidad
1. Padre - Madre	9
2. Esposa - Esposo	
3.Trabajador(a)	15
4. Ama de Casa	21
5. Hijo - Hija	4
6.1 Salud	31
6.2 Estética	49
6.3 Moda	108
6.4 Joyas	32
6.5 Accesorios	45
7. Amante	
8. Amigo - Amiga	
9.1 Cigarrillo	95
9.2 Licor	31
10. Otros	55



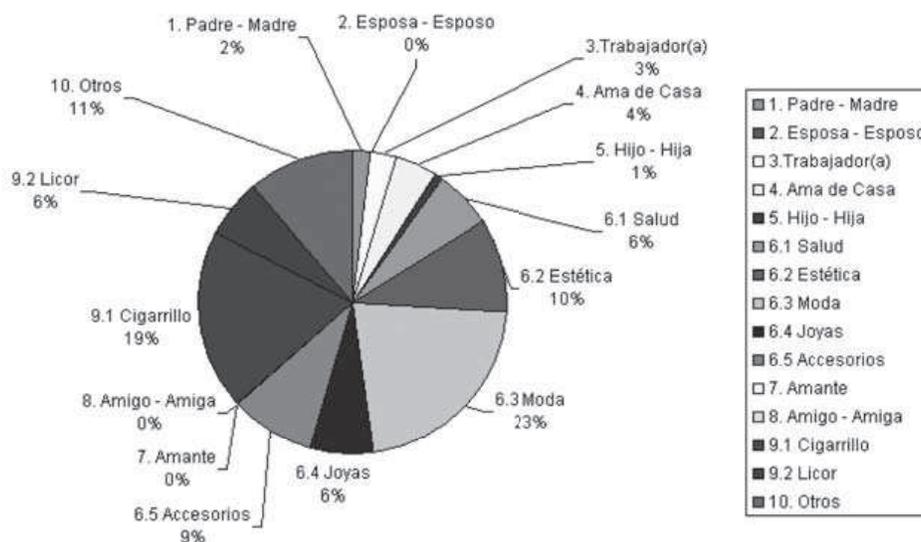
Revista *Tierra Nativa*:

Objetos de publicidad orientados de acuerdo a su función



Revista *Labores*:

Objetos de publicidad orientados de acuerdo a su función



Tendencia general:

Objetos de publicidad orientados de acuerdo a su función

pública de las mujeres, simplemente se las limitaban a un papel de esposa, madre, bonita y objeto de deseo.

CONCLUSIONES

El modelo católico ultramontano mariano de la mujer y su vinculación como ama de casa a la construcción y consolidación del Estado-Nación fue eficaz, mucho más que las políticas públicas estatales. De modo que la intromisión de la Iglesia en el ámbito privado e íntimo mediante la fusión de dogmas e ideas basadas en el nacional catolicismo ayudaron a estructurar un estereotipo femenino conservador y tradicionalista, ligado íntimamente al hogar. Si bien es cierto que a finales de la década de los cuarenta del siglo XX, la mujer se empezó a vislumbrar como agente actuante en el proceso de industrialización del país, lo que no implicaba, cabe recalcarlo, su liberación efectiva de la economía doméstica y obligaciones con el hogar.

De manera que la mujer amplió su espacio físico de desenvolvimiento pero su espíritu se congeló en un tiempo premoderno. De este modo, esos imaginarios que se introyectaron en la mente de las mujeres de la época y que estaban destinados a modelar sus comportamientos, deseos y aspiraciones, aún hoy, en las postrimerías de la modernidad y en medio de un mundo globalizado, perduran en el inconsciente colectivo y todavía juegan un papel determinante en la existencia cotidiana de los miembros de uno y otro sexo.

Desde esta óptica los estudios de género son pertinentes, pues ayudan a captar y comprender permanencias y continuidades, estructuras mentales de larga duración casi imperceptibles a la vista de los seres humanos corrientes, y que influyen de manera sustancial en el devenir de nuestra cultura y sociedad y en el comportamiento de los individuos.

Referencias Bibliográficas

- Cifuentes Traslaviña (2004), M.T; Florián Navas, A.; “El catolicismo social: entre el integralismo y la Teología de la Liberación”, En Bidegain, A. M. (2004) *Historia del Cristianismo en Colombia. Corrientes y diversidad*, Ed. Taurus, Bogotá.
- Fernández, A. M. (1993) *la mujer de la ilusión. pactos y contratos entre hombres y mujeres*. Ed. Paidós, Barcelona.
- Isaza de Jaramillo Meza, Blanca, “Las mujeres que trabajan”, En: *Lumbre*, n^o .3, mayo 1949.
- Palacios. M. (1995), *Entre la legitimidad y la violencia. Colombia 1875-1994*, Bogotá, Ed. Norma.
- Reyes Cárdenas, C. (1996). Al traspasar los muros de la casa: aspectos de la vida femenina en Medellín, 1900–1930. En: *Boletín Cultural y Bibliográfico* (1996). Vol. XXXI, N:º 37 p. 63.
- Reyes Cárdenas, C. (2002). La condición femenina y la prostitución en Medellín durante la primera mitad del siglo XX. En: Martínez, A. (2002) *Placer, dinero y pecado: historia de la prostitución en Colombia*. Bogotá, Aguilar, 2002.
- Vos Obeso, R. (2002). La prostitución en Barranquilla. En: Martínez, A. (2002) *Placer, dinero y pecado: historia de la prostitución en Colombia*. Bogotá, Aguilar.